

ARDITI, Benjamín. (Editor).

El reverso de la diferencia. Identidad y política

Editorial Nueva Sociedad, Colección Nubes y Tierra,
Caracas, 2000. Pp. 224.

Carlos Vladimir Zambrano

Profesor
Universidad Nacional de Colombia

En los últimos 25 años del siglo XX, los particularismos comenzaron a tomar fuerza política, fenómeno denominado por Octavio Paz, en su *Tiempo Nublado*, la resurrección de los pueblos. Inició su camino con la descolonización africana y asiática que produjo la Declaración de Argel -una de las fuentes de los Derechos Humanos de la Tercera Generación, en lo que respecta a los derechos a la diferencia, a la identidad colectiva y a la autodeterminación de los pueblos- la cual coadyuvó también a la movilización por la legitimidad de los movimientos de resistencia cultural de muy antigua data. La anterior precisión es útil porque es una de las omisiones del libro de Arditi y porque usualmente en los debates sobre las diferencias e identidades colectivas, su antigüedad como conflicto y como dinamizador sociopolítico, es olvidada. Lo interesante de los particularismos es que su emergencia sucede de manera simultánea con la globalización, por eso de alguna manera, en el texto reseñado, los asuntos de la diversidad étnica y cultural -como asuntos de la diferencia- son percibidos exclusivamente como una cuestión inherente

a la contemporaneidad posmoderna. Sin embargo, partiendo del presupuesto de su antigüedad señalada, en el mejor de los casos, el libro presenta una apreciación y ubicación del problema insuficientes.

La diversidad cultural y sus correlativos temas, la identidad y la diferencia colectivas, hasta hace unos años eran potestad exclusiva de los antropólogos. Este libro es un ejemplo de la presencia de otras disciplinas que se acercan al tema con una variedad de preocupaciones teóricas y empíricas, lo cual explica la ausencia identificada en el párrafo anterior, a la vez que amplía otros horizontes que están desarrollándose desde la antropología. Filósofos, sociólogos, comunicadores y politólogos son los autores de los quince trabajos que edita Nueva Sociedad en su colección Nubes y Tierra. De los autores: Ardití, Martín Hopenhayn, Ernesto Laclau y Marta Lamas, son latinoamericanos. Europeos son Etienne Balibar, Régis Debray, Gilles Lipovetsky, Chantal Mouffe, Michel Maffesoli y Gianni Vattimo, todos conocidos en Colombia, aunque algunos de ellos no leídos desde la óptica que el Editor del *reverso de la diferencia* nos presenta. Aparecen otros autores no tan conocidos en el país, pero que estimulan los actuales debates sobre el tema, ellos son Roger Denson, Todd Gittlin, Jeremy Valentine, estadounidenses, y Slavoj Žižek, esloveno.

Los ensayos están centrados en torno a “la necesaria defensa de la diferencia y el peligro simultáneo de un esencialismo endogámico de los particularismos”. (10) y tratan desde muy distintas perspectivas asuntos como el auge y la euforia de lo diferente en los últimos años, las manifestaciones problemáticas del esencialismo de las diferencias, los giros políticos producidos por el reconocimiento de la diversidad y cierto desconsuelo político por inacabada plenitud a que aspiraba la acción social de la pluralidad. Ardití los organizó en cuatro capítulos: el primero lo denominó *identidades nómadas: la celebración de lo diferente*, en el que se explora el impacto de las diferencias sobre las identidades y la socie-

dad y los nuevos proyectos emancipatorios, con los trabajos de Vattimo, Lipovetsky y Maffesoli. El segundo trata de *sobranías conflictivas: el esencialismo de las diferencias* que tratan a juicio del editor «problemas acerca de la vida en un mundo múltiple» (12), perspectivas desarrolladas desde la crítica del arte (Denson), los fundamentalismos (Debray) y la política de la identidad (Gitlin).

El tercero plantea los problemas referentes a la tensión entre lo universal y lo particular, lo homogéneo y lo heterogéneo, centrados en aquello que se ha dado en llamar las 'vibraciones transculturales'. Se configura así un campo problemático, *el giro político: identidades colectivas y el tema de los universales*, abordado por problemas de trascendental importancia en la política y en la antropología: la formación de ciudadanos, el lugar del ser humano ante la incertidumbre posmoderna, la crisis de lo multicultural e intercultural, la generación de los aparatos de subjetivación, las vidas en los mundos múltiples; en fin, las distintas lógicas de las identidades y las tareas políticas en las plumas de Hopenhayn, Lamas, Arditi y Laclau. El cuarto y último capítulo reúne los trabajos de Laclau, Mouffe, Zizek, Balibar y Valentine, centrados en el debate actual sobre el sujeto. En principio el libro contiene los aspectos fundamentales de la discusión con una selección de autores que garantizan una estimulante lectura.

Los ensayos de Lamas -conocida mexicana en el ámbito de los estudios de género-, Valentine del programa cultural global de la Universidad de Lancaster, y, el de Hopenhayn -quien ha estado en Colombia con el Convenio Andrés Bello- fueron preparados para este libro. El resto de los trabajos son traducciones de artículos aparecidos entre 1997 y 1990. Así, la edición de Arditi -que lleva el nombre de un artículo suyo publicado en 1996- es una polifonía para pensar la diversidad críticamente y en relación con la realización social y política del derecho a la diferencia y de la democracia, con materiales que aunque escritos a lo largo de la década

de los noventa son vigentes y de una importante actualidad en este final-principio de milenio: pensar la complejidad de la efectiva puesta en marcha de los derechos humanos de la tercera generación, en particular los tres que tienen que ver con el derecho de los pueblos, con sus complejas y contradictorias posibilidades emancipatorias en contextos de globalización.

La impresión perturbadora de la euforia culturalista, etnicista, autonomista e indigenista, por los éxitos sociopolíticos de la resurrección de los pueblos, es indispensable revisarla. A principios de los ochenta, en Colombia como en el resto de América Latina, se movilizaba la opinión antropológica contra lo que se pensaba era la última cruzada capitalista por la homogenización del mundo, era una lucha fraguada contra todo lo que significara una vía para el aniquilamiento de la diversidad cultural. Pero a finales de los noventa la tal resurrección de los particularismos, que además incluía el género, discapacitados, pensionados, etc., resultó ser consecuencia del reconocimiento de la diversidad por parte de las políticas capitalistas, pues éste era una necesidad de la reestructuración global. La tensión se hizo evidente y reta los modos de pensar la situación pues la legitimidad de la globalización estaba atravesada por la legitimidad de la diferencia y viceversa, ambos formaban parte de la inercia capitalista.

Así una situación como esas se puede sintetizar en lo que De Souza denominó «el cambio del guión emancipador de los derechos humanos», con el que la diversidad cultural entró al escenario de la política en una contemporaneidad ligada con los procesos de reestructuración global. Pero no se puede olvidar que las luchas de descolonización, el movimiento indigenista, los derechos de los pueblos, y en general, las reivindicaciones de la diversidad fueron apropiadas por parte de la globalización y reconocidas por su ideología neoliberal. Ese contexto de usurpación de unas tradiciones de lucha, paradójicamente se invisibilizó y eso merece una

discusión precisa, que si no la da Arditi con sus ensayos editados, la tenemos que propiciar nosotros y su texto tiene la virtud de reunir una importante materia prima para el efecto. Ese análisis no detallado -lamentablemente- en el *reverso de la diferencia*, es el que se necesita recuperar porque es el centro del debate sociopolítico tanto de los movimientos sociales que tienen que ver con las políticas de la identidad y de la diferencia, como de los académicos que nos encargamos de investigar y comprender tales fenómenos.

Hay un par de reflexiones muy bien documentadas en la edición de Nueva Sociedad para resaltar. La primera tiene que ver con la percepción de la inestabilidad del mundo actual. ¿Radica ésta en la realidad mundana y concreta de la diversidad o bien en el pensamiento elaborado y abstracto de los analistas?. ¿Será que los nuevos problemas culturales los estamos abordando con categorías viejas?, ¿será que sí estamos pensando en concordancia con los problemas del mundo actual o produciendo velados, militantes y eufóricos anacronismos?. Si bien tal reflexión nos remite a los productos del pensamiento experto sobre la diferencia, la segunda nos remite a la praxis porque la ruptura de los universos simbólicos unitarios y la emergencia conflictiva de universos plurales transformó realidades y representaciones y nos lanzó a la posibilidad de crear nuevos órdenes sociales, políticos y culturales. La identidad y la diferencia desplazaron su centralidad psicológica individual por una antropológica y política colectiva, y se instalaron como opción en la construcción de una sociedad respetuosa de la diferencia como valor fundamental y al multiculturalismo como opción política. Pero sin duda, esa fe filosófico-política ha cubierto buena parte del último cuarto de siglo, no sin problemas concretos, que aún no están resueltos: guerras fratricidas, fundamentalismos sanguinarios, mercados etnocidas; no sin problemas abstractos: cómo construir un orden solidario, diferenciado, e integrado y no segregado.

Con la esperanza que esta reseña anime el debate, se lanza la siguiente provocación en forma de hipótesis: la reestructuración global resultó ser lo suficientemente incluyente como para impedir el cálculo de sus efectos perversos a mediano plazo sobre la diversidad. La que era pensada, totalitaria y excluyente, que jamás daría cabida a la heterogeneidad cultural, seducía acríticamente a los demócratas de la etnoNew Age y constituyó una suerte de epifanía multicultural mundial, materializada en la movilización política por el reconocimiento de la diversidad, las políticas de los organismos internacionales y en las reformas y constituciones neoliberales de los noventa sobre diversidad que no se puede desconocer, pero su secuela ha sido un adormecimiento político que ha llevado a una estatización de las etnias y a la burocatización de las reivindicaciones de la diferencia. Convocar a la mirada crítica, es oportuno en la modorra multiculturalista e interculturalista que ya agobia.

Ojalá que las percepciones críticas de los intelectuales pluralistas, lanzadas desde el seno mismo del movimiento por la diversidad, no sean silenciadas, marginalizadas, “aburguesadas” y/o tachadas de reaccionarias, en fin, estigmatizadas. ¿Será posible salirse de la fiesta multi-intercultural, para hablar de las nuevas formas de discriminación existentes en las variantes esencialistas de toda laya sexual, religiosa, política, identitaria, racial e ideológica, que hacen reverberar los nacionalismos, las xenofobias, los etnicismos, los racismos y los fundamentalismos?. De ahí que *el reverso de la diferencia* sea cuando menos un toquecito a la puerta de la crítica, para ver si ella sale a dar la cara. Toquecito del que hacemos eco en estos párrafos.

El debate que nos trae Ardití es importante hoy en día. Las luchas por la diversidad han permitido la estructuración de los nuevos movimientos sociales en los que el derecho a la diferencia y la política de identidad se constituyen en su columna vertebral para avanzar en la emancipación cultural como emancipación política. La singularidad nacional, las

tradiciones sojuzgadas, la particularidad cultural, en cierta forma la antropología política, ya no son difusas como en un principio cuando los derechos humanos de la tercera generación, eran concebidos como “derechos difusos”, pues difusas se presentaban las reflexiones sobre la identidad y la diferencia. Las grandes transformaciones de los últimos 25 años afectaron la acción política y se promovieron los rumbos constructivistas para interpretar los afanes plurales de construcción de diversas propuestas de sociedad ecologistas, generizadas, indigenistas, etnicistas, etc., pero los problemas no dan espera: porque los derechos a la solidaridad, los derechos colectivos de los pueblos, los derechos a la identidad y a la diferencia, los derechos a la autonomía promueven en algunos casos el separatismo y la segregación, nuevas realidades para pensar la convivencia colectiva. En buena hora llega a Colombia este texto sobre los retos de la diferencia para reanimar la reflexión.